

La escritura de la vida en la obra autobiográfica de Doris Lessing

Por Ana María Velázquez Anderson

Leer la obra autobiográfica de Doris Lessing, en este segundo año de estudios en Duoda, ha sido para mí un gran descubrimiento. Aproximarme a su obra me ha llevado a profundizar mi reflexión sobre la vida, sobre el ser y el crecer como mujer, y sobre mi diferencia que determina mi participación en el mundo y el aporte que puedo dar como mujer, sobre todo, como mujer que escribe y que quiere decir algo significativo.

Doris Lessing me presentó un fascinante relato de su vida en África, en el primer toma de su autobiografía *Dentro de mí* (Lessing, 1997), que muestra su transitar por distintas etapas que todas hemos vivido, la infancia, la adolescencia, la adultez, la maternidad, las parejas, el trabajo, la política. La autora escribe a partir de sí, de su experiencia. Lo hace en completa libertad, en busca de la verdad y reconociendo su particular mundo femenino que la llevó a hacerse escritora y a buscar su expresión creativa en las palabras.

Pensé que sería un buen ejercicio hacer este trabajo final sobre esta autora y su obra porque me sentí identificada con ella, tanto en la escritura, como en temas que han sido muy importantes para mí como son: la libertad femenina, la relación con la madre, el mundo caótico de la política de los varones que ha conducido al fracaso de las sociedades, como pasó con las dos Guerras Mundiales, que fue el mundo que le tocó vivir a Lessing. Así mismo me identifiqué con su amor por la literatura, su vida de niña solitaria que algún día se haría escritora, la imagen de un padre lisiado, incapacitado para gran parte de la vida, como fue el mío.

Doris Lessing ha hecho una contribución importante al pensamiento de las mujeres, aunque no se consideró a sí misma feminista en un primer momento. Más adelante, y después de la gran acogida que tuvo *El cuaderno dorado*, reclamado por las mujeres para

sí, diría “He estado en una posición falsa desde entonces, porque lo último que he querido hacer es negarme a apoyar a las mujeres”. (Wilson, 2014)

La autora planteó la idea de que el mundo cambiaba tan rápidamente, que si los seres humanos lográbamos sobrevivir a lo que ella denominó “cataclismos”, las ideas desaparecerían, o parecerían insignificantes. Pensó que hasta sus propias ideas no iban a lograr sobrevivir a la rapidez de las transformaciones humanas.

La profesora Caroline Wilson dice: “Aquí vemos la frustración de la autora que ha querido explorar unas ideas nuevas para ella, y nadie se ha dado cuenta”. En esa misma discusión encontramos su visión del feminismo, sin negarlo, sin restarle validez, pero dudando de su continuidad, en la medida en que van a ocurrir esos cataclismos.

En la escritura autobiográfica femenina que ella desarrolló he encontrado aspectos que la vinculan al Pensamiento de la Diferencia, como son: el lenguaje como mediación, la escritura como búsqueda de la verdad, el reconocimiento de la medición y autoridad materna, y, por último, una importante indagación sobre la escritura autobiográfica femenina como una forma de libertad. Indagaré sobre ellos en este trabajo, haciéndolo a partir de mí y de lo que ha dejado en mí esta autora.

1) El lenguaje como mediación

La experiencia no se puede separar del lenguaje porque es en el lenguaje donde adquiere significación y sentido. La escritura autobiográfica de Doris Lessing muestra que al narrar la experiencia, esta se puede evaluar, organizar, comprender, y, por tanto adquiere un sentido nuevo y entra así en un orden simbólico. De ahí que ninguna experiencia quede inmovilizada, fijada en el tiempo, sino que se va a ir transformando en la medida en que acceda al campo del lenguaje. “Verdad, sí que se mueven. Olvidamos. Recordamos. Mientras meditaba sobre el material para este libro, diversas caras y diversos lugares emergieron de la oscuridad. ¡Dios mío! ¡Así que estáis aquí! ¡Llevo años sin pensar en vosotros! No sólo la perspectiva cambia, sino también lo que se está mirando”. (Lessing, 1997)

Es en el lenguaje donde tenemos la posibilidad de narrar y de narrarnos, de hacer y de hacernos, en otras palabras, de recrearnos de diferentes formas, a nosotras y al mundo. Cuando la mujer escribe “crea” un mundo y, si lo hace a partir de su propia experiencia, creará “su” propio mundo pleno de significación: asignará importancia a algunas personas y eventos de su vida y obviará aquellos en los que no encuentra sentido.

Todo parte de las posibilidades del lenguaje, es decir, este es el elemento base de la creación y recreación de esos mundos privados o públicos por donde discurre la mente de la escritora. Dice Luisa Muraro, comentando a la historiadora feminista Joan W. Scott, que la experiencia es una historia del sujeto y por tanto no se puede separar del lenguaje. “Los sujetos -escribe- se constituyen discursivamente y la experiencia es un hecho lingüístico (no sucede fuera de los significados establecidos) pero, gracias al lenguaje que es relacional no queda encerrada en un orden simbólico fijo”. (Muraro, 2004)

El lenguaje, también para la misma Lessing, es el que crea la experiencia. También construye el recuerdo. No existe la memoria si no se transforma la experiencia en lenguaje. Y eso es lo que hacemos constantemente. “Traer a la memoria” es traer al lenguaje. Por eso es importante escribir nuestra propia historia porque al hacerlo nos ponemos en juego con el mundo, pero sólo con nuestro mundo, el que ha generado y genera simbólico, el que pertenece a la mujer y su forma de ver la vida. Un niño ve una fotografía del día de playa que su padre le muestra, diciéndole ¿recuerdas? “E inmediatamente el niño construye, a partir de las palabras y de la fotografía, un recuerdo que pasa a ser suyo”. (Lessing, 1997)

El lenguaje construye el imaginario y aparta el caos. Permite “ordenar” al mundo, poner en un orden de importancia las cosas que han sucedido, darle el peso verdadero a lo que lo tiene y devolver el equilibrio tras experimentar el caos. Yo misma, como escritora, he podido experimentar este ordenamiento. Consiste en colocar las cosas en su justo lugar, ver en perspectiva lo que ha pasado y entrar en la comprensión y el amor para reintegrar la armonía.

En su narración de su viaje de niña de cuatro años entre Bakú y Moscú, camino a Inglaterra, cuando la familia abandona Irán, Lessing ilustra este “acomodar” el mundo, y, de paso, alejar el caos que amenaza a su familia al cruzar una Rusia empobrecida por la

guerra, con decenas de campesinas acercándose al tren en cada parada a ofrecer pan y huevos a los viajeros, y las bandas de *besprizorniki*, niños huérfanos de la guerra, sobreviviendo solos, envueltos en harapos, conviviendo en grandes grupos que atacaban a los trenes, y que los soldados tenían que dispersar usando sus fusiles como palos.

La niña ve aquel cuadro brutal desde la ventana del tren y, después de hacer las preguntas que toda niña haría, “por qué, mamá, por qué, papá” (Lessing, 1997), que muestran el impacto de esas visiones, comienza un proceso de “reacomodo” interior, a través del juego, un juego infantil que le permite superar esa fragmentación dolorosa y entrar en un espacio donde sentirse segura y confiada.

“Una niñita en un asiento de tren con su osito y la maletita de cartón que contiene el vestuario del osito. Le quita la ropa al osito, la dobla así, saca otro conjunto de la maleta, viste al osito, le dice que se porte bien y permanezca sentado y sin moverse, le quita este conjunto al osito, lo dobla, extrae de la maletita un tercer conjunto de pantalón y chaqueta, coloca en la maleta la ropa que le ha quitado, perfectamente doblada, viste al osito. Una y otra vez ordenando al mundo, manteniendo el control de los acontecimientos. ¿Ves?, eres un buen osito, guapo y pulido”. (Lessing, 1997)

Aquella niña que acaba de salir de un mundo protegido en Teherán, Irán, de un cuarto para los niños con nanas que hablaban francés, muchos juguetes y una casa amplia, donde vivía con una madre que sonreía al mundo, cae en cuenta de que su vida ha sido privilegiada al lado de lo que tienen que sufrir muchos seres humanos y que el mundo que conocen los adultos es mucho más complejo del que ella ha podido entrever hasta ahora. Nace la sensibilidad de la niña que un día se hará escritora y podrá hablar desde sí, desde su propia experiencia, a otros y decir algo importante. Vestir y desvestir al osito, doblar y guardar su ropa, volver a sacarla para vestirlo de nuevo, es buscar el equilibrio y la armonía dentro de sí cuando el mundo afuera parece haber perdido la suya.

Es comenzar el “escribir autobiográfico”, mucho antes de siquiera haber aprendido a leer y a escribir. La autora enseña a quien quiera escribir autobiografías que organizando las palabras que representan un orden simbólico, desde mucho antes de comenzar a escribir, se puede hallar un equilibrio donde se había perdido y se puede obviar aquello que, después

de que ha pasado el tiempo, ya dejó de tener importancia o se comprende de otra manera o se perdona o se ha olvidado y ya no vale traerlo al presente. Hay entonces un “antes del lenguaje”, un comienzo, y es en el lenguaje donde comienza la posibilidad de re-hacernos a nosotras mismas, con sentido, el sentido que permite limitar el caos interior, ponerlo “fuera de una”, dejando dentro sólo lo que es verdad y es valioso. Por decirlo de otra manera, el ejercicio autobiográfico enseña a equilibra la vida en la palabra y hacer de la palabra fuente de vida.

Así mismo, el lenguaje es mediación. Es el puente que permite unir el afuera con el adentro, traer lo que está más allá de mí, de manera de encontrar en ello medida y verdad.

Lessing enseña que en la escritura autobiográfica femenina surge la oportunidad de ir al encuentro con lo que está más allá de una, de entrar en relación con algo distinto a una. Por eso es mediación. Al escribir sobre “lo otro” más allá de mí, entro en relación con ello. Si experimento la escritura como mediación puedo entrar y salir, descender, ascender, girar sobre mí misma o rodear a las y los demás e invitarlos a acompañarme, y siempre encontrar lazos que unan la experiencia propia con la de ellas y ellos, y que, al comprenderla, pasa así a formar parte de mí propia experiencia, pasa ahora a “alojarse dentro de mí”. Y así, encuentro muy apropiado el título elegido por Lessing *Dentro de mí*, porque veo que ese es el lugar indicado para indagar sobre la experiencia, crearla y recrearla en el lenguaje, y, también, para entrar en relación con lo otro que también es importante, como la relación con la madre, por ejemplo, que me permite, como escritora y como mujer, acceder a un orden simbólico. Al reconocerle autoridad a la madre se abre la posibilidad de encontrar una nueva mirada femenina sobre el mundo.

Pienso que es importante ahondar en esto. Cuando he tratado de escribir autobiografía no aparece sólo la voz autorial, mi voz, como la de una pequeña tirana que va a imponerse sobre los demás, sino que aparece una polifonía de voces elaborando juntas la experiencia. Son otras voces que tienen también algo que decir y siento que es importante no negarse a “oír” esas otras voces que tienen tanta importancia y tanto peso, como la propia.

Helene Cixous afirma que se escribe para oír. En su ensayo “Vivir la naranja”, en el libro *La risa de la Medusa*, dice: “Clarice escribía para oír más interiormente el canto secreto de la naranja”. (Cixous, 1995)

Oír las voces, todas las voces que se acercan en la oscuridad y meditar o reflexionar sobre ellas, con ellas, es, para la escritora una labor de vida. Entonces en la escritura autobiográfica está también la vida. En ella me encuentro frente a frente a la existencia entera. Escribo para entrar en lo más profundo de ella, no para “atrapar” la experiencia, sino para “escucharla”. Y hay que escucharla porque la hemos olvidado, porque muchas mujeres la hemos dejado de lado en pos de una escritura “racional” que recrea los paradigmas universales.

Cuando escribimos, muchas veces olvidamos que las universalidades son una trampa, la trampa de la igualdad que nos pasa la *tabula rasa* a nuestra diferencia femenina, que es la que nos conforma y la que nos permite aportar algo valioso al mundo: la misma vida. “Porque en estos tiempos de inercia, en que nos olvidamos de oírla y de escucharla, tenemos las manos heladas, los brazos inmóviles, nos mantenemos inmóviles bajo un silencio sin proximidad, necesitamos que las cosas nos llamen siete veces. Y, incluso, así, ¿acaso están nuestros oídos lo suficientemente vivos, lo suficientemente alerta para oírlas?” (Cixous, 1995)

En el frío la verdad se esconde. En el frío hay miedo a escuchar. Sin escuchar no hay escritura femenina posible. Las cosas llaman siete veces y siete veces le damos la espalda. Hay miedo en las escritoras de hoy a decir su verdad. A que se burlen, a que las desvaloricen. María Milagros Rivera Garretas explica que ese miedo femenino a tomar la palabra es definido por la lógica del poder social, un poder jerárquico que en tiempos patriarcales colocaba el pensamiento del varón por encima del de la mujer, desvalorizando su escritura e ignorando adrede el cambio que conllevaba el final del patriarcado. Sin embargo, continua, cuando la autora finalmente supera ese miedo y comienza a escribir a partir de sí, de su propia experiencia, del hecho de ser mujer y de tener una mirada propia, su escritura entra en el campo del orden simbólico y la hace sentirse libre: “Es la vivencia de una revolución simbólica”. (Rivera Garretas)

Es difícil superar ese miedo en una sociedad fuertemente signada por la crítica universalista e igualitaria tras la que se esconde el prejuicio contra el pensamiento propio de la mujer, un pensamiento que ha costado aceptar como diferente, propio de nuestro sexo. Yo me he preguntado infinidad de veces cómo combatir ese miedo. ¿Encontré respuestas? Sí, en mis estudios en Duoda y en la lectura de autoras que he admirado. En Lessing, por ejemplo. Aunque siento que aún sigo en la búsqueda, que no cesa la búsqueda cuando se hace de la escritura una forma de vida. Siempre habrá algo más que investigar, que hurgar, y algo más que encontrar, algo que será valioso para una, algo que será fuente de comprensión y de aprendizaje.

Leyendo a Doris Lessing me doy cuenta de que ella tiene también ese miedo. Lo llama “bloqueos de conciencia”, refiriéndose a partes de su historia de vida que involucran hechos o personas que no cree conveniente incluir en su relato. Sobre todo la atormenta decir “la verdad”: “Uno no puede sentarse a escribir sobre sí mismo sin que reclamen su atención preguntas teóricas de lo más aburridas. En primer lugar, nuestra vieja amiga, la Verdad. La verdad... ¿cuánta verdad contar? Parece comúnmente admitido que ese el primer problema del cronista mismo, y en cualquier caso le espera la deshonra”. (Lessing, 1997)

La autora comienza la narración de su autobiografía adentrándose en ese miedo ancestral, comentando lo que significa escribir una autobiografía. No es combativa con el miedo, no lo enfrenta, en vez, lo explora, lo analiza, va ampliando su pensamiento y proponiendo la escritura femenina en función de “su” verdad. No descarta que a las mujeres a menudo nos hayan borrado del recuerdo y, luego, de la historia, pero relativiza esto como fuente de esa primera inquietud acerca de la escritura autobiográfica. “Decir la verdad o no decirla, y en qué medida, es un problema menor que el de las perspectivas cambiantes, puesto que uno va variando la percepción según la etapa en que se encuentre, como se escala una montaña y el paisaje cambia a cada recodo del sendero. Si yo hubiera escrito esto a los treinta años, habría sido un documento bastante combativo. A mis cuarenta un quejido de desesperación y culpabilidad: ¡Dios mío!, ¿cómo pude haber hecho esto o aquello? Ahora vuelvo la vista atrás y observo a aquella niña, a aquella muchacha, a aquella mujer joven, con una curiosidad cada vez más imparcial”. (Lessing, 1997)

De acuerdo a la autora, y es algo que comparto, decir la verdad o no decirla es un problema menor para una escritora comparado con el cambio en su visión de las cosas a medida que transcurre el tiempo. Cambia la perspectiva de la vida, cambia la perspectiva del miedo. Algún día, cuando el tiempo venga en nuestro auxilio, quizás el miedo se deje de lado del todo.

No se trata de tener valentía, sino de buscar hacer del mismo miedo una mediación importante para poder decir lo que queremos decir, y callar lo que queremos callar. Al narrar su experiencia desde el inicio de su vida, desde aún antes, explicando quiénes fueron sus padres, como ella nació en Irán, hija de ingleses, su terrible viaje de niña cruzando Rusia en tren, su viaje hacia Rodesia del Sur, donde finalmente se asienta por años con sus padres, colonos en Banket, y, después, ya de adulta, su viaje de regreso a Londres, Lessing no enfrenta al miedo, al contrario, lo rodea, lo explora, lo sopesa, se dice a sí misma dónde detenerse y dónde seguir, y, cuando al fin se detiene, lo hace para traer la narración al tiempo presente y evaluarla desde la claridad y la distancia de los años.

Encuentro en Lessing que narrar la vida en retrospectiva no es traer la memoria al tiempo presente sino recrear la memoria a partir del lenguaje, dándole espacio a las diferentes voces, indagando en el mismo miedo a la escritura de las mujeres, organizando el caos y dando espacio a un simbólico, y también encontrando medida y verdad.

Se comprende la vida cuando hay verdad y cuando hay sentido. No sólo es la vida una historia biográfica con la que se llena las planillas de solicitud de empleo. La vida es más, y la escritura acerca de la vida también es mucho más.

2) La búsqueda de la verdad

El frío que nos paraliza a las mujeres escritoras que creemos, y en este grupo me incluyo, que entrar en lo autobiográfico es un gran reto, se aleja en presencia de la verdad.

La autora busca la verdad y la verdad la acerca al origen y en todo origen está la madre. De esta forma coloca en el centro de la narración autobiográfica a lo materno, elemento obviado, olvidado, o dejado de lado, adrede en las narraciones universales e igualitarias, con el fin de negar la autoridad y la mediación maternas.

En la autobiografía de Lessing aparece la madre como figura importantísima de su escritura y de vida: “Hay aspectos de mi vida que siempre estoy intentando comprender mejor. Uno-por ejemplo- el de mi relación con mi madre...” (Lessing, 1997)

Por ahora, me referiré al tema de la verdad. La figura de la madre la retomaré en la próxima parte. Por ahora la señalo sólo como el principio de toda narración autobiográfica femenina que reconozca la diferencia de ser mujer y coloque en el origen a la figura materna.

Siempre se cuestiona Lessing si su memoria está en sintonía con “la verdad”, preguntándose a cada paso, en su ejercicio autobiográfico, “¿es esto verdad?” (Lessing, 1997). La verdad es importante. En mi propia experiencia con la escritura sé que es difícil saber qué fue verdad y que no en la historia personal, sobre todo si, al evaluar el hecho en sí, entran en juego los sentimientos. Entonces uno magnifica o desvaloriza, siempre en función de lo que sentimos y cómo nos sentimos ante determinados hechos y personas de nuestra vida.

Vuelvo a interesarme por el tema de la escucha. Revisando mis clases en Duoda encuentro mucha razón en una clase de la profesora Dolo Molina donde ella hace énfasis en la necesidad de “ponernos a la escucha”. (Molina, 2014) Por supuesto, ella se refiere a la relación docente-alumno, pero creo que se puede también traer a la escritura autobiográfica ese “ponerse a la escucha”. En la escritura femenina implica desarrollar ese precioso arte, quizás olvidado muchas veces, como es el de estar atenta a lo que las demás mujeres que han formado parte de mi vida, y aún más atrás, aquellas pertenecientes a una genealogía histórica a la que pertenezco, tienen que decirme.

Así mismo, Luisa Muraro, plantea “la escucha” como una forma de lenguaje, al plantear que hay una vida secreta de las palabras que está más allá de la representación y a la que se accede a través de la alegoría. También en la escucha hay escritura, hay creación.

Escuchar y ser escuchadas es importante como mediación, como mediación viviente. (Muraro, 2006)

Las abuelas, las tías, las sobrinas, tuvieron también algo que decirnos. María Zambrano encontró en la relación con su hermana una “voz” importante que la ayudó en su proceso de comprensión y reflexión sobre la vida y el mundo, llegando incluso a decir que la “hermandad” es aún más importante que la libertad para la mujer. Así mismo, me pregunto qué hay en mí ahora, como mujer de este siglo, que no provenga de estos días sino de aquellos otros días del pasado, de otros siglos cuando vivieron otras mujeres que han causado profunda huella en mí, como Margarita de Porete, Heloisa, Cristine de Pizán, Hadewijch, que fueron pensadoras y poetas y mujeres fieles a su naturaleza femenina. Me pregunto si he escuchado suficientemente su voz, si he practicado suficientemente este arte de la escucha, tan precioso y tan olvidado.

Y me lo pregunto porque es importante para ir en búsqueda de la verdad, y, retomando la idea de Milagros Rivera Garretas, para aceptar la necesidad de desarrollar un “pacto con una misma”, un pacto con nuestra propia historia, con nuestra propia experiencia femenina. Un “pacto revolucionario”, como dice la autora, porque a partir de él podemos cambiar el orden, subvertir el orden, re-crear el orden. Asimismo, recorro a las ideas de la profesora Donatella Franchi, quien afirmaba que la mujer artista es siempre subversiva y que, es sólo a través de su subversión, que logra aportar algo nuevo y hacer avanzar los conceptos del arte.

El yo autobiográfico no puede dejar intacto un orden, tiene que subvertirlo. Para ser verdadero no puede permanecer en un solo lugar de enunciación, sino mantenerse siempre en movilidad, siempre cambiante, siempre desplazándose hacia la fronteras, lugar de ambigüedad, pero también de libertad porque permite ir de un lugar a otro y mirar las cosas desde ángulos muy diferentes. De ahí que la autobiografía femenina desafíe a la crítica universalista literaria que busca un relato progresivo, donde se incluyan ciertas peripecias y luego se llegue a un final, como ocurre en las narraciones de tipo clásico.

En la escritura autobiográfica de Doris Lessing ella se mueve de un lugar interior a otro exterior donde está el vínculo que la condiciona, pero que la hace más fiel a su

diferencia, ahora explorando las grandes junglas de África, ahora amando a sus maridos, ahora encontrando belleza en las estrellas, ahora discutiendo y fracturando la relación con la madre, ahora siendo ella misma madre amorosa o madre abandonadora. Es verdad que comienza de forma tradicional a narrar su vida desde sus padres, su nacimiento, su infancia, pero, también da “saltos” y trae libremente la narración al tiempo presente, bien sea para ampliarla o para cuestionarla, inclusive para criticarla y hacerlo con honestidad, reconociendo sus errores sin tapujos, criticando algunos pasajes de su vida que no le aportaron nada sino que, por el contrario, le drenaron su fuerza femenina. Ella cuestiona, redefine y resignifica. Lo hace de manera que pueda acercarse lo más posible a la verdad.

En lo móvil, en lo no-rígido, en el perenne cambio, en el que muchas mujeres nos vemos reflejadas, es donde Lessing encuentra verdad. Ella le da la posibilidad al cambio, a la transformación a través de la escritura, llama a ese cambio a hacerse partícipe de su propuesta, y experimenta así el pasaje donde abrirse camino a algo importante, o un estado entre el ser y la nada (el no-ser). Con esto me refiero a la nada que hace la escritora para dejar espacio a que llegue la palabra por sí misma, sin forzarla, sin decirle “aquí te espero”. Una palabra que como tiene vida secreta, se presentará cuándo y cómo quiera.

3) La figura materna en la escritura femenina

Luisa Muraro explica que el origen es la madre, la esencia del ser. No nos separa de la madre al nacer sino que nos hace ser-ser. En este sentido es la madre el origen tanto del cuerpo como del lenguaje. (Muraro, *El orden simbólico de la madre*, 1994)

Así que es comprensible que al comenzar a narrar una autobiografía la autora elija a la madre como principio de un orden que es suyo, por tanto es hija de otra mujer, y es capaz de aportar ella misma simbólico. Hay una estructura, no moral ni rígida, sino de simbólico en la relación madre-hija. Por tanto cuanto comenzamos a otorgar sentido al mundo empezamos con reconocer a la madre y ese es el reconocimiento principal que da sentido a la vida de toda mujer.

Luisa Muraro desarrolla una relación antagónica con su madre, de acuerdo a su narración autobiográfica, cuando comienza a estudiar filosofía, para después darse cuenta de que en ese rechazo había mucho de los paradigmas de una sociedad que no acepta o “invisibiliza” a la madre, para darle más preponderancia al padre, a lo patriarcal. Ella encontró que la figura de la madre estaba deformada en ese paradigma: “pude creer que mi aspiración a la independencia simbólica era antitética con lo que consideraba el reino arbitrario y mal definido de la autora de mi vida. El círculo vicioso del que hablaba antes se cerraba justamente con esa figura deformada de la madre. Sentía y actuaba como si la mujer que me trajo al mundo fuese enemiga de mi independencia simbólica. Como si esta última exigiese necesariamente mi separación de ella y su final”. (Muraro, 1994)

La autora también explica que en las sociedades patriarcales el amor del varón, del hijo hacia la madre es promovido y aceptado, siempre y cuando la madre sea una entidad muda, incapaz de intervenir en la experiencia de su hijo. Mientras que es común que a la hija se le empuje hacia la ruptura con la madre y a su separación de esta, cayendo en antagonismos innecesarios, creados para perpetuar el poder masculino sobre lo femenino materno que ha existido mucho antes, desde el comienzo de la historia humana.

Para Muraro es importante que se produzca una transformación de esa relación de la hija con la madre. El reconocimiento de la potencia femenina materna, el amor al orden materno, es lo que va a producir esa transformación que es en principio liberadora.

Es justamente lo que ocurre en la relación de Doris Lessing con su madre, o, lo que experimenta al traer la relación con su madre a lo autobiográfico. Hay un rechazo a la madre, hay una relación dolorosa con ella que la autora no esconde. Sin embargo, hay también el reconocimiento explícito de la gran fuerza femenina maternal cuando coloca en el centro de su obra a su madre y su relación con ella y escribe ciertos pasajes que indican un profundo amor ambivalente hacia su progenitora.

Siempre está presente la madre, para bien o para mal. Siempre es fuente de medida y verdad. Lessing explora todos los ángulos de una relación a la que paradójicamente, le rinde tributo. La autora reconoce la mediación materna en algunos pasajes de su obra y, también, la gran ayuda que les brindó la madre a todos los miembros de la familia, en

especial a sus hijos, ella y su hermano Harry, durante su infancia y a su marido, un ex militar lisiado en la Primera Guerra, que pronto comprendió que sin una pierna le iba a ser casi imposible el cuidado y atención de la granja que acababa de adquirir en África con la peregrina idea de enriquecerse. Sin ella, sin esa madre volcada a la ayuda de los suyos, habrían sido incapaces de sobrevivir.

No fue una vida fácil la de la autora, con un trasfondo tan terrible como haber vivido las dos grandes guerras, además de la Guerra Civil Española, una guerra que insufló el romanticismo en ella y en muchos escritores de su época que, inclusive, quisieron ir a España a defender la causa Republicana. Ella no fue a España, a enrolarse como enfermera de los heridos de guerra, pero soñó con hacerlo. Tampoco en Rodesia Sur, durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, vivió toda la dureza que vivieron los que estaban en Europa, pero sí estuvo involucrada en la política, luchando, con su activismo y militancia partidista, en la defensa de una causa que, en su momento, consideró justa, pero que después rechazó, como fue el comunismo.

La figura materna aparece en la autobiografía de Lessing de forma ambivalente. En la mayoría de su historia hay un rechazo a la madre. Sin embargo, hay otras partes de su relato en las que la autora le reconoce mediación y autoridad.

Al principio, cuando era muy niña y aún la familia vivía en Irán, la autora se refiere a ella como una mujer que en todo momento enseñaba a sus hijos: “Y en Teherán ella se aseguró de que sus hijos aprendieran lo que debían...(…)...Cuando nevaba –y en Teherán nieva con ganas, de modo que yo podía ver siempre que quería la sabana de centellante blanco sobre arbustos y paredes-, mi madre hacía muñecos de nieve, con ojos de carbón y nariz de zanahoria, y gatos de nieve con grises ojos de piedra. Se le daban muy bien y nos enseñaba a decir “nariz” y “ojos” y “patas” y “patillas” en francés”. (Lessing, 1997)

Además, vinculaba a sus hijos con el mundo de afuera del hogar a través de meriendas y fiestas de disfraces en la Embajada Británica. En lo social la madre aparece como una mujer que tenía el don de caer bien y establecer buenas relaciones. No hay crítica por parte de la autora en estos primeros años, al contrario. Hay un reconocimiento a los atributos relacionales y vinculantes de lo femenino.

Más adelante, cuando ya la autora entra en la narración de su adolescencia, aparece el rechazo. Cuenta que su madre, tan feliz en Teherán, pronto descubrió que haber ido a vivir a Rodesia del Sur no era lo que ella esperaba, que su marido, no estaba en capacidad de afrontar el trabajo duro de la granja y que su gran sociabilidad y capacidad para establecer relaciones, que en Teherán e Inglaterra habían sido un gran tesoro, en la jungla y en los pequeños pueblos africanos, no servía de mucho para sobrevivir.

La autora cuenta como su madre se amarga. La niña ve su amargura y jura nunca ser como ella. La ve junto a su padre fumando ambos, sentados en el corredor, mirando las grandes extensiones de tierra africana de la que nunca habían podido obtener el suficiente dinero como para hacerse ricos y volver a Inglaterra y entonces vivir “la verdadera vida”, como decían, y se espanta de la posibilidad de terminar ella en esas mismas condiciones.

El espacio de la narración autobiográfica permite a la autora explicar, y explicarse a sí misma, de dónde nacía ese rechazo a su madre y a su padre. Es importante para la autora llegar a comprender la vida de la madre. El rechazo se mezcla con compasión y hasta con admiración cuando se da cuenta de que su madre, a pesar de todo, pudo seguir adelante en un mundo a todas luces no propicio, encontrando en la relación con su padre su principal fuente de soporte y de apoyo, y hasta de cierto disfrute, en un aislado lugar que le permitía espacio para ser ella misma.

Inclusive, su rechazo de hija a la autoridad materna lo atribuye a haber vivido con gente “que da por descontado que toda autoridad es mala” (Lessing, 1997), refiriéndose a la gente de su generación, una generación marcada por el militarismo, y a la expectativa falsa que se inculcaba a la gente de que todo debía ser “perfecto”, y su madre estaba muy lejos de esta perfección. Con inteligencia, la autora se adentra en estos problemas filosóficos: “Durante años yo viví en un estado de constante acusación contra mi madre, en un principio ardiente, más tarde fría y dura; y el dolor, por no hablar de angustia, fue profundo y auténtico. Pero ahora me pregunto: ¿con qué expectativas, con qué promesas, comparaba yo lo que en realidad sucedía?” (Lessing, 1997)

Las expectativas, la mujer que no cumplía los roles asignados a cabalidad, la “mala madre” que trataba de someter a la hija rebelde, todo pertenece al orden patriarcal. Es

dentro del patriarcado que la autoridad materna es negada. Y Lessing lo reconoce preguntándose quiénes instauraban esos roles y hacían necesarias tales expectativas. Como ha pasado y pasa con muchas mujeres que tienden, o tendemos, a criticar a la madre, sin ver su valor y su capacidad de afrontar y de vivir su vida, no sujeta a las expectativas del patriarcado, sino a partir de sí y de su propio deseo. Quizás sea por faltar en reconocer que también lo imperfecto se ama, y que amamos a esas mujeres a pesar de sus carencias, de sus conflictos.

Luisa Muraro dice que “para su existencia libre una mujer necesita, simbólicamente, la potencia materna, igual que la ha necesitado materialmente para venir al mundo. Y que pueda tenerla toda de su parte a cambio de amor y reconocimiento”. (Muraro, *El orden simbólico de la madre*, 1994)

La necesidad de independencia de la hija no es antitética con el reino de la madre, pero debe pasar por el tamiz del amor y del reconocimiento de la hija para traer ella misma esa potencia materna a su vida. Hermosas palabras las de la profesora Muraro, inspiradoras y llenas de grandes verdades.

En estos años de estudio he aprendido a cambiar mi percepción de lo materno, al igual que Doris Lessing lo ha hecho a través del ejercicio autobiográfico. Al “volver al amor” hacia mi madre, ya fallecida, al reconocerla, me he dado cuenta de cuán disgustada con ella he estado todos estos años de su ausencia. Y que ha sido un disgusto en vano, guiado por esas “expectativas” que plantea Doris Lessing, y, también por la falsa creencia de que en mi libertad estaba amenazada por el reconocimiento a su autoridad, como plantea Luisa Muraro.

He aprendido a perdonar y a honrar a mi madre y creo que también en Lessing hay algo doloroso que ella mantuvo por muchos más años dentro de sí, con relación a la madre, pero que también, aprendió a perdonar y en su autobiografía también la honra. Por ejemplo, le reconoce su cualidad de eterna docente queriendo siempre educar tanto a su hijo varón como a su hija. También cuando le reconoce toda la ayuda que les dio a sus dos hijos pequeños para sobrevivir durante las enfermedades y, cuando llegaron a África, a sobrevivir en un mundo desconocido que ella les iba enseñando a conocer.

Hay también un reconocimiento cuando se da cuenta de que a pesar de provenir de una familia conservadora, dominada por su propio padre, en Inglaterra, su madre, de joven, tuvo la suficiente valentía para desafiarlo y hacerse enfermera. En otras palabras fue una mujer libre y encontró un campo fértil donde desarrollar su deseo. Por estas y otras cosas que encontré en el texto, encuentro la ambigüedad en la figura de la madre en la autobiografía de Doris Lessing, más que el rechazo frontal.

En su escritura, la madre sigue siendo la figura mediadora. Ella es el canal de transmisión y de configuración de su identidad como mujer. La madre aparece como una figura puente de una genealogía femenina ligada a un viejo país que la hija no conoce, Inglaterra, o no reconoce como suyo por haber estado ahí por muy cortos periodos de su vida, y sólo durante su infancia.

Hay, asimismo, un reconocimiento a una genealogía femenina que la madre transmite cuando enseña los ritos y misterios de lo femenino, tanto a su hija, como a otras mujeres que conviven con ellas en la granja, o en otras granjas. “Mirábamos desde un recodo cómo mi madre enseñaba a Bidy a meter trapos ensangrentados en una lata de gasolina para remojarlos, bajo el techo de paja de la parte trasera de la casa... (...)...Cuando las mujeres se habían ido nos acercábamos muy despacio hacia la lata y especulábamos: Bidy se había cortado el dedo o el pie...Debía de ser eso”. (Lessing, 1997)

La ayuda de las mujeres colonieras, la solidaridad entre ellas, y también a veces la envidia y la maldad, aparecen también como elementos de comprensión del mundo materno, en toda su complejidad y ambigüedad.

Así mismo, aparece la enfermedad del corazón de la madre, mezclada con el elemento de la melancolía, un aspecto que la autora atribuye a la necesidad de toda mujer de reinventarse en algún momento de su existencia: “Ahora comprendo por qué se metió en cama. Aquel año mi madre se sometió a la reconstrucción interior que la mayoría tenemos que llevar a cabo por lo menos una vez en la vida. Hemos de renunciar a lo que creíamos era nuestra razón para vivir”. (Lessing, 1997)

Son momentos únicos en la vida que la autora encuentra tanto en la suya como en la de su progenitora y en la de muchas otras mujeres, momentos en los que ella encuentra verdad y afirmación del ser mujer.

En otros pasajes de su relato, la autora muestra su rebeldía natural de adolescente ante la madre que intenta moldearla para que viva la vida que a ella le parece que la hija debe vivir. Por una parte rechaza la autoridad materna, pero, por otra la acepta al resignificar la figura de la madre en otras mujeres con las que entra en relación. De tal manera que en la primera parte de la autobiografía aparecen muchas mujeres adultas que toman el rol de la madre y que le enseñan también la fuerza y potencia de lo femenino. Hay así un reconocimiento tácito de la autoridad materna. Siento que sí lo hay, que, a través de otras “madres” la joven Lessing acepta la autoridad natural de lo femenino y “regresa”, aunque sea de forma interior, a su madre.

La experiencia necesita ser narrada y para ello necesita la lengua materna. Al hablar y crear con “la lengua materna”, hay de manera implícita un reconocimiento de la otra que se dio a sí misma para darme el ser. Hay un reconocimiento a la autoridad materna y no al poder masculino, como ductor de la experiencia, que es un aspecto del patriarcado.

Como escritora, veo que en la autobiografía existe la gran oportunidad no sólo de trabajar el tema de la madre desde diversas visiones, y, también, de encontrar la fuente del rechazo y la posibilidad de sanar la relación madre-hija, sino que existe la oportunidad de ir al encuentro con la madre, reconocerla, y aprender a amar aquellas partes buenas de ella que tuvo y que nos ayudó a ser quienes somos.

4) La escritura autobiográfica como ejercicio de Libertad femenina

“Una mujer comienza a vivir por entero cuando, despertando, descubre la libertad femenina y empieza a traerla al mundo, a sentirse libre en y ante su mundo. La realidad toma entonces otro color y tiene otro atractivo, de menos peso, menos gravedad y más sabor, compañía, placer y esperanza. Porque la noción de libertad femenina transforma lo que toca, realizándolo, o sea, abriéndolo a su ser posible e imposible y curándolo de las quiebras derivadas del miedo a la insignificancia, un miedo que acompaña fielmente a la equiparación de las mujeres a los hombres padecida en Occidente desde que Occidente existe como cultura” (Rivera Garretas, Signos de libertad femenina. (En diálogo con la historia y la política masculinas)

Cuando escribimos, de alguna manera misteriosa “despertamos”, nos hacemos más alertas a la posibilidad de libertad, y, también, caemos en cuenta de la cantidad de libertad que hemos experimentado, a veces, sin saberlo.

Una escritora como Doris Lessing no sólo nos enseña a despertar, sino también a hacer de ese despertar algo fértil. Al colocar a la mujer y su deseo de libertad en el centro de su obra, ponerse ella misma en el centro de su imaginario en su escritura autobiográfica, nos enseña a las demás mujeres que escribimos que nuestra experiencia es importante y que merece ser narrada, evaluada, analizada. Pienso que ella quiere presentar a la mujer como generadora de simbólico para superar esa insignificancia, esa visión patriarcal, que ha tratado de mantenernos al margen en el aspecto creativo, sin éxito, por demás, porque sabemos que venimos de una amplísima genealogía femenina de mujeres creadoras de todos los tiempos.

En su autobiografía, Lessing se abre a mostrar lo que es ser mujer, vivir como mujer y haber hecho una trayectoria de escritora a medida que transcurría su vida. Se aleja adrede de los paradigmas masculinos, de la grandiosidad heroica con que el varón ha querido narrar sus gestas. Ella, por el contrario, se atreve a contar sus fallos y errores, no como parte de un heroísmo ni de una lucha por la supervivencia, sino como parte de una experiencia intensa de vida, también plena de muchos espacios de felicidad, de descubrimiento y de aprendizaje. Lo hace para sanar, para comprender, para curar, para amar y amarse y así trae su libertad.

Lessing no oculta su talante rebelde. Tiene la suficiente fuerza para rechazar la sumisión y la obediencia a la que la condenaba un orden colonial fuertemente patriarcal, en un lugar, Rodesia del sur, donde las mujeres tenían roles muy definidos dentro del hogar. Sin embargo, encuentro que también esas mujeres coloniales resguardaban ciertos espacios de libertad femenina, reservados sólo para ellas, para su mundo propio y particular, porque en esas soledades donde vivían, tan alejadas de las ciudades, tenían que desarrollar empatía y solidaridad y pasar tiempo juntas lo que les permitía ser ellas mismas, ser mujeres que podían encontrar espacios de libertad.

Decía Luisa Muraro que no hay libertad sin experiencia y que las prácticas del feminismo parten de interrogar esa experiencia. “No la suprimen sino que la escuchan, en el sentido de que hacen silencio, hacen vacío. No la sustituyen con la afirmación sino que la inscriben, con su mudez, en el discurso de manera que se detenga el movimiento de la lógica de la identidad y se vuelva o pueda volverse significativa la falla de coincidencia entre sí y sí: el hueco por el que pasa la posibilidad de lo otro y la relación con los otros, como una posibilidad de libertad para mí”. (Muraro, Enseñar la libertad, 2004)

Hay que concentrarse en ese “vacío” que propone Muraro, en ese silencio, que es un silencio pleno, lleno de posibilidad, como el silencio de la madrugada justo antes de que asome el primer rayo de luz, un silencio que no aísla ni individualiza sino que permite la presencia del otro, de la otra, en la tranquilidad de un mundo que va a volver a nacer. Escribir desde el silencio es ir hacia ese lugar otro que no soy yo, pero que también me configura y me pertenece. Hacer silencio es escuchar a la otra, al otro, que tiene algo que compartir conmigo, es encontrar ese vínculo importantísimo para el pleno ejercicio de mi libertad.

Hay en la libertad de las mujeres una necesaria inclusión de la otra, del otro, un deseo de vivir la propia vida a partir de sí y a la vez dentro de un vínculo. Así reconocemos un vínculo primario con la madre, mediante el cual vinimos al mundo, y al reconocerlo aceptamos la importancia de la alteridad, de la diferencia.

En Doris Lessing encuentro que ella va a hilvanar un mundo amplísimo de relaciones en su búsqueda de libertad. En algunos pasajes critica o cuestiona a sus padres,

sobre todo cuando desde su mirada de adolescente rebelde se decía a sí misma “No seas como ellos”. (Lessing, 1997)

Más adelante, ya desde su pensamiento de escritora madura que ha tenido tiempo para pensar la experiencia y sopesarla y darse cuenta de lo que es verdadero e importante, dice “En otras palabras yo estaba rechazando la condición humana, siempre atrapada por las circunstancias”. (Lessing, 1997) Reconoce la autora que esas “circunstancias” son los vínculos que se establecen desde el inicio de la vida, familia de origen, la madre, en primer lugar, y que el reconocimiento de ese vínculo es lo que la hace humana y que su libertad viene de la mano de esa referencia simbólica tan importante para toda mujer. La madre es el primer vínculo que llama a ser reconocido en el largo proceso de emancipación femenino.

Después irá la autora ampliando el círculo de relaciones femeninas y traerá a su historia a muchas otras mujeres, figuras maternas, o a otras jóvenes con las que compartió el internado, incluirá a sus amores, sus primeras relaciones amorosas, sus matrimonios, sus hijos, sus compañeros del Partido Comunista en Salisbury. Siempre que habla de libertad habla de libertad “con”. Los demás están siempre presentes, siempre aportando algo a la experiencia, y ella, como escritora, siempre pendiente de encontrar en esas relaciones un vínculo que la remita al vínculo primario. “Quizás sea un indicio de que la palabra libertad empuja más allá de sí, llama y abre a otra cosa, pide articulación, o sea, no quiere estar sola”. (Sartori, 2004)

Lessing cuenta que su necesidad de libertad la impulsó a marcharse del hogar muy joven y comenzar a trabajar y a escribir. En este aspecto me siento identificada. Con el tiempo me he ido dando cuenta, sobre todo a través de las lecturas de mis clases en Duoda, de que no era la prohibición materna lo que me molestaba sino de que yo misma era incapaz de reconocirme en vínculo con ella y de reconocer que mi libertad no era la que estaba en juego. Y es sólo en estos últimos años que me he abierto al amor, al reconocimiento a la otra, al otro, de la diferencia, que parte del reconocimiento a la madre, del perdón, de la resignificación de la relación que tuve con ella. Entonces he podido experimentar la verdadera libertad. Una libertad calma, sin lucha, incluyendo a aquella, a aquel, que quiero incluir y no forzando las situaciones cuando siento que se fracturan

ciertas relaciones, sino más bien, dando tiempo al tiempo, dejando que esa grieta se convierta en un canal significativo que permita el pasar a otro estado de conciencia.

Quizás porque la vida de una mujer que escribe está muy ligada a los cambios, a las fuerzas de la vida que la colocan en lugares desconocidos desde los cuales debe comenzar a trastocar, a cambiar su visión de las cosas, me ha tocado como a Doris Lessing, aunque sin el prolongado exilio, vivir en muchos ambientes, con muchas personas diferentes, de diversas culturas.

Como ella, he viajado mucho y ha habido siempre en mi familia materna, una “nostalgia” por un lugar lejano e inaccesible al que una siente, paradójicamente, cercano y vivo, la tierra de mis ancestros, Escocia.

Leyendo a Lessing sentí muy próximo a mí ese sentimiento de “estar en un exilio permanente”, de pertenecer a esta tierra Latinoamericana, pero también a otra que no conozco, igual que le pasaba a ella en África cuando pensaba en Inglaterra. Así mismo, hago mío ese planteamiento de exilio en sentido contrario, el sentirme “extranjera” de la tierra de mis ancestros, el no conocer algo que siempre me han dicho que debo conocer, que también es generador de simbólico, no importa su lejanía.

Es complejo este sentimiento. Sin embargo está ahí brindando una dimensión distinta a la vida porque me hace ver que más allá de mi mundo hay otros mundos, aunque extraños y exóticos, a los que también siento míos y que pueden otorgar fertilidad y creatividad a mi vida y a mi escritura.

Sobre todo, es importante para Lessing volver al “país interior”. No negarse a la experiencia de libertad, pero hacerlo siempre dentro de un vínculo significativo, en el mundo de lo relacional, en la práctica de la política de las mujeres. Y yo me digo que es cierto y es verdad, que volver “dentro de mí” es volver a la libertad de escribir y escribirme, como lo hace Doris Lessing, con la profunda clarividencia de lo femenino y sobre todo, con la posibilidad de poder decir lo que tengo que decir y de hacerlo en libertad.

Trabajos citados

Cixous, H. (1995). *La risa de la Medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos.

- Lessing, D. (1997). *Dentro de mí*. Barcelona: Contemporánea.
- Molina, D. (2014). Tema 3: Ponerse a la escucha. *Master Duoda*. Barcelona, España.
- Muraro, L. (2006). *El Dios de las mujeres*. Milano: Arnoldo Mondadori Editore.
- Muraro, L. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Barcelona: Horas y horas.
- Muraro, L. (2004). Enseñar la libertad. *Duoda Revista d'Estudis Feministes num 26-2004*.
- Rivera Garretas, M. M. (2011). *Signos de libertad femenina. (En diálogo con la historia y la política masculinas)*. Recuperado el 07 de 2014, de Biblioteca Virtual de Investigación Duoda: <http://www.ub.edu/duoda/bvid/obras/Duoda.text.2012.02.0001.html>
- Rivera Garretas, M. M. (2013). Tema 1: El miedo a escribir. Barcelona, España.
- Sartori, D. (2004). Libertad "con". La orientación de las relaciones num 26. *Duoda Revista d'Estudis Feministes*.
- Wilson, C. (2014). Pensar la experiencia-Doris Lessing. Barcelona.